



ACTO SEGUNDO

La escena ocurre en una capital española de primer orden. — Decoración de sala blanca y sencilla, con cuadros devotos en las paredes; una puerta a la derecha, una a la izquierda y otra al fondo. A la derecha una mesa de escribir, con muchos papeles y una escultura de Cristo. En el fondo, a la derecha, una librería. Sobre los muebles y sillas, papeles y libros.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE RAMÓN, MIGUEL, POBRES 1.º y 2.º y dos POBRES más. — Al levantarse el telón el Padre Ramón estará escribiendo delante de la mesa mientras Miguel y los Pobres entran por el fondo.

P. RAMÓN Entren y siéntense. (Lo hacen todos menos Miguel.) En seguida acabo. Tengan un poco de paciencia que trabajo para ellos. ¿Qué hay de nuevo, hermanos?

POBRE 1.º Lo de siempre, padre Ramón, miseria.

P. RAMÓN ¡Animo! Vendrán días mejores.

POBRE 1.º Sí que vendrán... pero no vienen. En verano, vive el pobre y el gusano. Quiero decir, con perdón de usted, que en verano uno se las arregla, y si no puede dormir debajo de unas tejas duerme bajo un árbol y tira. A mi parecer el verano lo hizo alguien a propósito para los pobres,

P. RAMÓN Lo hizo Dios.

- * POBRE 1.º Pues una vez puesto a la faena podía haber hecho el invierno también. ¿No es verdad, Jeromo? (Al Pobre 2.º)
- P. RAMÓN ¿Y aquel asilo donde os recomendé?
- POBRE 1.º Dicen que todavía no soy bastante viejo y espero a serlo más. Es una pena no ser bastante viejo, ni bastante joven; ¿qué quiero hacer de joven? Me sobran alifafes y canas. ¿Qué quiero hacer de viejo? Me faltan arrugas y fuerzas.
- POBRE 2.º A mí me sucede lo propio. En el hospital no me admiten porque no me ahogo lo suficiente.
- POBRE 1.º Habrá otros que se ahoguen más que tú.
- POBRE 2.º Puede ser que sí; el caso es que allí me tienen algún tiempo ¡hala, que hala! y en cuanto empiezo a respirar con menos fatiga, me abren la puerta y me dicen: «¡Alza, compañero, a respirar fuera que hay mejor aire!...» Créamelo usted, padre Ramón, para respirar a empujones, que si respiró, que si no respiró, valdría más que me ahogase del todo.
- P. RAMÓN No diga eso, que ofende a Dios nuestro Señor.
- POBRE 2.º No hablo por ofender.
- P. RAMÓN Piensen que la tierra es un valle de lágrimas y que nuestro llanto riega el jardín que tendremos en el Paraíso.
- POBRE 1.º Lo creemos porque usted lo dice.
- P. RAMÓN Hoy no puedo daros dinero. No tengo. Pero os daré unos libros para que los vendáis.
- POBRE 1.º No nos dé usted libros.
- P. RAMÓN ¿Por qué?
- POBRE 1.º Porque... Porque piensan que son robados y no los compran.
- P. RAMÓN ¿Qué dice?
- POBRE 1.º Que no nos los compran.
- P. RAMÓN ¡Siempre los malos pensamientos! Esperad. Os los dedicaré. De este modo puede que os los tomen. (Va dedicando libros y dándose

- los a los pobres. Dirigiéndose a Miguel.) ¿Cómo se llama usted?
- MIGUEL Miguel Martín. (El Padre Ramón hace como que dedica un libro y lo entrega a Miguel.) Tomo el libro por la dedicatoria; yo no pido limosna; no imploro caridad.
- P. RAMÓN Sólo caridad puedo ofrecerle.
- MIGUEL No es eso.
- P. RAMÓN Entonces, ¿qué quiere usted de mí?
- POBRE 1.º Se lo explicaré yo, padre Ramón, porque éste no sabría empezar. Aquí, el hombre está en circunstancias...
- P. RAMÓN Hago el bien sin mirar a quien lo hago.
- POBRE 1.º A éste nadie se lo hace. Como saben sus principios, vamos al decir, y el paso malo en que se metió... pues que le echan de todas partes; y como le he visto en ese apuro le he cogido y le he dicho: «Vamos a buscar al padre Ramón, que el padre Ramón no es como los otros.»
- P. RAMÓN (A Miguel.) ¿De dónde viene usted?
- MIGUEL De presidio.
- P. RAMÓN ¿Dios mío!... ¿Y ha estado usted mucho tiempo?
- MIGUEL Ocho años.
- P. RAMÓN ¿Por una muerte?
- MIGUEL Sí; por una muerte. Yo...
- P. RAMÓN No me cuente usted nada; no quiero saber nada.
- MIGUEL Déjeme usted que se lo explique. Se lo ruego, será un gran descanso para mí. Maté, no lo niego; maté; y maté a quien tenía más voluntad, a quien más amaba; porque amaba maté; sólo una pasión podía obligarme a matar. Yo no era malo; hoy mismo, después de lo que hice, tampoco creo que lo soy. Vivía con mi madre y con una prima carnal. Era ella. Tanto ella como yo habíamos padecido mucho, ¡miserias!... ¡hambre!... Habíamos pasado todo lo malo que se puede pasar; habíamos visto todo lo negro que pue-

de verse. En fuerza de vivir juntos, nos amamos. Ella trabajaba, yo también; los ratos que el trabajo nos dejaba libres, yo leía en voz alta, para los dos; aquellos libros me decían que los pobres no tendríamos, no podríamos tener hambre y frío y miseria si en el mundo se practicase la fraternidad que aquellos libros explicaban. Yo leía, comentando lo que leía; ella me escuchaba, y en los dos fué naciendo un deseo grande de consagrarnos al amor, una ansia infinita de amar; ¡de amar siempre!

P. RAMÓN Hermosa misión.

MIGUEL Muy hermosa, verdad. Sólo que ella y yo no la entendíamos de igual modo. Ella amaba al hombre; yo a la humanidad.

P. RAMÓN ¡Siempre lo mismo!

MIGUEL Yo partí, la dejé... ¿Por quién? Por ninguno y por todos. Quería reivindicaciones; quería justicia; quería renovar la sociedad por el amor, por un amor sin límites.

P. RAMÓN ¿Sin esperar en Dios?

MIGUEL Sin esperar en nadie.

P. RAMÓN ¡Jesús! ¡Desgraciado!

MIGUEL ¡Sí! Lo quería todo y no logré nada; y la perdí a ella, y perdiéndola, ¡lo perdí todo!

P. RAMÓN ¿Qué hizo ella?

MIGUEL ¡Qué hizo!... Lo que hacen todas las que necesitan del amor y no comprenden las sublimidades del amor. Amar a otro. Fué de un rico, de un poderoso, de uno de esos que compran la carne de esclava; de uno de esos que hallan calor para sus venas-enfermizas en el fuego que encienden otros.

P. RAMÓN ¿Y lo maló usted?

MIGUEL No pude; la desgracia desvió el arma y murió quien yo no quería que muriese.

P. RAMÓN La venganza es impropia de los corazones generosos. Dios es la suprema justicia. La fe en su justicia debe impedir que nos la

tomemos por nuestra mano pecadora. ¿Qué os quedaría a vosotros si no os quedara el gran tesoro de la fe? ¿Creéis que os han enviado a sufrir para abandonaros? Dios siembra en la tierra; cuando haga su cosecha escogerá el trigo, la cebada y la hierba... ¡todo! y todo se convertirá en flores en el huerto de su inagotable misericordia. (A Miguel.) Oigame, hermano, le compadezco por pecador y por sus desdichas, que me recuerdan cosas de otros tiempos. ¿Qué quiere usted de mí?

MIGUEL Quiero trabajar honradamente, nada más que eso, trabajar. Encontrar donde me acepten, donde no me pongan en la puerta con esa o la otra excusa; ponerme en condiciones de no tener que hacer otra muerte para morir o para poder seguir viviendo.

P. RAMÓN No se desespere usted; yo le hallaré aco- modo. De aquí a poco rato hablaré con gente poderosa. Pediré a esa gente por usted, y lo pediré de tal forma que tendrá que ayudarle.

MIGUEL No lo harán.

P. RAMÓN En el mundo hay personas buenas.

MIGUEL Usted no los conoce. Muchos son buenos porque pueden pasarse sin ser malos.

P. RAMÓN Prometo colocar a usted. Vuelva después de la reunión, de aquí a una hora... Vol- ved todos, hermanos míos, volved, que mientras tenga yo un pedazo de pan será vuestro.

POBRE 1.º Dios se lo pague, padre Ramón. (Los pobres besan la mano al Padre Ramón. Miguel se la estrecha con respeto.)

P. RAMÓN Dios no necesita pagármelo. Bastante pa- gado me encuentro con el placer que con- solaros me produce. (Miguel y los pobres salen. Francisca, que ha entrado por la puerta de la izquierda momentos antes, oye las últimas palabras del padre Ra- món.)

ESCENA II

PADRE RAMÓN y FRANCISCA

FRANCISCA ¡El Señor nos tenga de su mano!... ¿Todavía más pobres? ¡Esta casa parece un hospital!

P. RAMÓN Los pobres no se acaban nunca.

FRANCISCA Pues por eso mismo. Si tú no has de acabar con ellos, ¿a qué este vivir y este ajetreo y este socorrerlos sin poder? Te entrapas por ellos y después no puedes pagar.

P. RAMÓN No pago porque no tengo.

FRANCISCA No les compres ropa.

P. RAMÓN ¡Se morirían de frío, madre! La tienda tiene espera. La muerte no.

FRANCISCA Acabarás por volverme loca. ¿No ves que todos son unos vagos que quieren vivir a tus costillas? ¡Lo que más me desespera es que lo consiguen; y mientras tú los vistes a ellos, llevas la sotana hecha una lástima, con tantos zurcidos y remiendos, que ahora mismo no podría decirse qué hay más, si sotana o pedazos!

P. RAMÓN Déjeme hacer, madre.

FRANCISCA ¡Qué remedio me queda! Pero todo lo haces malamente. Ni comes ni disfrutas hora de paz, ni tienes orden; y un cura sin orden no es un buen cura; es un cura... sin ordenar.

P. RAMÓN Madre, si no hago más por usted, es porque no puedo.

FRANCISCA Lo haces todo menos una cosa: creerme. Cuando vinimos a la ciudad pensé yo: Todos dicen que Ramón es un sabio. Pues teniendo tanto saber le darán una prebenda y viviremos bien relacionados y con mucha alegría. ¡Sí! ¡Sí! ¡Buena prebenda nos dé Dios! Gente viene mucha... ¡Demasiada! Pero qué gente; los unos hacen

eso de los versos, y los otros piden limosna. Una y otra casta estorba mucho en las casas decentes.

P. RAMÓN ¡No tiene usted enmienda! ¡Siempre refunfuñando!...

FRANCISCA ¡Sólo faltaba que me quitaras el refunfuñar! ¿Qué iba a quedarme entonces?

P. RAMÓN Le quedaría mi cariño; ¿no es bastante, madre?

FRANCISCA ¡Bien lo necesito, hijo mío!... Entre verme lejos de la montaña donde he vivido desde chiquitita; entre estos excesos de religión que tienes tú, y entre el paso de aquella... Marta.

P. RAMÓN No me hable de Marta.

FRANCISCA Es que no puedo acostumbrarme. ¡Escaparse de casa de su tío! ¡Tener un hijo de soltera!... ¡Qué escándalo! ¡Un hijo! Y ¿con quién? Puede que con un salta charcos, con un perdido, con un... sea quien sea. ¡Vaya, que eso no es perdonable!

P. RAMÓN Todo es perdonable. Le pido a usted, le ruego que no me hable más de este asunto. ¡Quién sabe si quien tiene más obligación de perdonarla soy yo!

FRANCISCA Porque eres sacerdote. El vestido obliga.

P. RAMÓN Porque... no quiera usted saberlo. Una cosa le pido; se la pido con toda mi alma, que no me hable de ella; pero que procure por ella, que cuide de ella como de una hija, que trate de encaminar sus pasos, que la guíe, que la ame, aunque ella sea... como sea; que haga usted por ella lo que yo no puedo hacer por ella: Velarla, socorrerla, no despreciarla; mirarla con el amor con que la hubiese mirado... el hombre... que la hubiera podido amar. (Llora.)

FRANCISCA ¿Qué tienes? ¿Por qué te sofocas? Si ha sido una mala cabeza, que se aguante. ¿A qué has de ocuparte de ella tú? Para eso está su hombre.

P. RAMÓN ¡Su hombre!

FRANCISCA Que se arregle con él.
 P. RAMÓN No, madre.
 FRANCISCA ¿No se ha salido con la suya? Pues, ahora, que haga lo que quiera. Para ella hace.
 P. RAMÓN ¡Madre, si no es eso!
 FRANCISCA ¡Y qué vamos a hacer!
 P. RAMÓN Lo ignoro ¡lo ignoro!... Todas las noches, a todas horas, en todas mis oraciones, pregunto yo, ¿qué he de hacer? ¿qué puedo hacer? ¿qué debo hacer? Y... ¡ay!... Dios no me ilumina. No debe quererme iluminar.
 FRANCISCA ¿Y por eso te preocupas?
 P. RAMÓN Temo que mis oraciones no sean escuchadas. Dios nos pide pruebas de nuestro amor por él cuando debe pedir las. Cuanto más grandes y más hondas las pide, mayor es su bondad para con nosotros. Pero el hombre ha de saber darlas y sufrirlas; yo tengo miedo de no poder sufrirlas; de llegar a la hora de la muerte con el alma enferma.
 FRANCISCA Claro que llegarás; si te emperras y te preocupas con las que hacen los otros. ¡Que no quieras ver nunca las cosas como son!
 P. RAMÓN Como son las veo, nunca como yo querría que fuesen! (Aparece el Padre Juan en el fondo.)

ESCENA III

PADRE RAMÓN, FRANCISCA y PADRE JUAN, por el fondo

P. JUAN ¿Hay licencia?
 P. RAMÓN ¿Qué? ¿Usted? ¿Pero es usted, tío?
 P. JUAN En persona.
 FRANCISCA ¿Qué alegría! ¿De dónde sales?
 P. JUAN De donde siempre, de nuestra montaña.
 FRANCISCA ¿Qué noticias traes? ¿Qué tal por allí? ¿Estás bueno? ¿Y el campanero? ¿Y su mu-
 jer?

P. JUAN ¡Alto!... ¡Déjame respirar! Traigo buenas noticias y traigo... traigo otras que no son tan buenas.
 FRANCISCA No me asustes.
 P. RAMÓN ¿Qué pasa?
 P. JUAN Si no tenéis un poco de sosiego no podré decir nada. Dejadme ir con orden.
 FRANCISCA Di primero las malas noticias.
 P. JUAN Ya me esperaba yo eso. ¡Qué siempre haya más prisa para saber las noticias malas que las buenas! Quería prepararos y no me dais tiempo. Pues hay que ha ocurrido lo que tenía que ocurrir; que quien no sigue el buen camino y hace las cosas a torcidas, sin la intervención de la iglesia, termina como es natural que termine... Hay que Marta...
 P. RAMÓN ¿Ha dicho usted Marta? ¿Qué le sucede?
 P. JUAN Que Marta y su hombre... Su hombre la ha abandonado. Ahí tienes lo que hay.
 P. RAMÓN ¡Infame! (Con ira. Reprimiéndose.) ¡El Señor me perdone!
 FRANCISCA ¡Qué afrenta!
 P. JUAN Dilo.
 P. RAMÓN ¿Y ella?
 P. JUAN ¡Ella! Ya te lo puedes figurar. Ha enviado a buscarme... La he visto... Hubiera querido encontrarla más resignada.
 FRANCISCA ¡La poca vergüenza!
 P. JUAN ¡No hables así! Te daría mucha lástima si la vieses. Está que parece otra, ella que era tan alegre, ella que embobaba a todo el mundo con su conversación; ¡hasta al maestro de escuela! ¡ella a quien todos querían por lo graciosa y por lo franca!... ¡Si la viéreis! Está flaca, atontada, con las lágrimas cayéndole por la cara abajo... Os aseguro que parece una Magdalena.
 P. RAMÓN ¿Qué le ha dicho a usted?
 P. JUAN Me ha contado las cosas a su modo. Me ha dicho que no es tan culpable como creen algunos... ¡y vengan lágrimas! Eso es todo.

- FRANCISCA No hubiera querido verla llorar porque las lágrimas me dan mucha lástima.
- P. JUAN A mí también me ha dado mucha lástima. ¡Mucha! Créeme; no sirvo yo para estos pasos; no he servido nunca. Ahora que soy viejo menos todavía. Se me han humedecido los ojos, y cuando lloro no soy nadie. Tanta compasión me ha inspirado, que a no ser por el qué dirán y más en la montaña donde se habría movido un rum-rum que hubiese llegado hasta el obispo, me la llevo a la rectoría a ella y a su criatura infeliz.
- P. RAMÓN ¿Por qué no lo ha hecho usted?
- FRANCISCA ¡Eso hubiera faltado!
- P. JUAN Pues no faltó mucho. No lo he hecho por las razones que te dije y porque ella no querría venir tampoco.
- P. RAMÓN ¿Qué va a hacer entonces? ¿Qué quiere?
- P. JUAN ¿Aun no he dicho lo que quiere? Quiere... pues... quiere verte. Ya lo sabes.
- P. RAMÓN ¿A mí?
- P. JUAN A ti. Quiere verte para que la aconsejes; jura y perjura que tú sólo puedes librarla de rematar su perdición.
- P. RAMÓN Eso no puede ser.
- FRANCISCA Claro está que no. También éste debe temer el qué dirán.
- P. RAMÓN ¿Yo? Nunca. Cumpliendo con Dios no tengo que temer a nadie.
- P. JUAN En tal caso, ¿a qué tus miramientos?
- P. RAMÓN ¿A qué?... Que no venga. No... No sabría cómo tratarla; me faltarían palabras de consuelo; le diría lo que yo no quiero decir... No me pregunten. Se trata de un caso de conciencia.
- P. JUAN Abandonarla es también caso de conciencia.
- P. RAMÓN Tiene usted razón. ¡Demasiada razón!
- P. JUAN Tú que llevas el perdón en el alma, ¿no perdonas a Marta?
- P. RAMÓN Perdonarla, sí. De todo corazón.

- P. JUAN La has visto pequeña; habéis jugado juntos; la enseñaste a leer; le has recitado tus poesías; la has llevado de la mano, como quien dice, por el mundo... ¿La abandonarás en este momento?
- P. RAMÓN Aunque la quisiera amparar no podría.
- P. JUAN Te pide un buen consejo; no puedes negárselo.
- P. RAMÓN No. ¿Verla? Nunca.
- P. JUAN Acaso te pida confesión.
- P. RAMÓN ¡Dios mío!
- P. JUAN Vamos, reflexiona. ¿Qué le digo? ¿Que venga?
- P. RAMÓN Sí, que venga... que venga a verme uno de estos días.
- P. JUAN Cuanto antes mejor, los buenos consejos no deben hacerse esperar.
- P. RAMÓN Puede usted traerla cuando guste.
- P. JUAN ¡Quién sabe si no está muy lejos de aquí!
- P. RAMÓN ¿Dónde está? (Con temor y angustia.)
- P. JUAN Ya no es preciso que lo oculte. Está ahí afuera.
- P. RAMÓN ¡Aquí!
- P. JUAN La he hecho venir conmigo contando con que tú no te negarías; pero antes he querido solicitar tu consentimiento.
- P. RAMÓN ¡Está aquí!
- P. JUAN ¿Qué? ¿La hago entrar?
- P. RAMÓN (Mirando al Santo Cristo, suplicante. Como tomando una gran determinación.) Sí.
- P. JUAN (Dirigiéndose a la puerta.) ¡Marta!... ¡Marta!... ¡Puedes entrar! (A gritos y con alegría.) Francisca, vámonos.
- FRANCISCA Mejor es. ¡Si me quedo!...
- P. JUAN Vamos. (Salen Padre Juan y Francisca por la izquierda.)
- P. RAMÓN ¡Señor, no me abandones!

ESCENA IV

EL PADRE RAMÓN y MARTA. Marta se detiene en la puerta

- P. RAMÓN Entra. (Marta lo hace y se arrodilla a los pies de Ramón.)
- MARTA ¡Ramón!
- P. RAMÓN Levántate. ¿Qué quieres de mí?
- MARTA ¡Perdón!
- P. RAMÓN No me toca a mí perdonar.
- MARTA ¡No soy culpable, Ramón!... ¡No soy tan culpable como puedes creer!
- P. RAMÓN No te culpo, te compadezco.
- MARTA Dime que perdonas. ¡Por caridad, dílo!
- P. RAMÓN La misión mía es perdonar. (Obligándola a levantarse.) ¡Puedo no perdonarte a ti!... ¿A ti que vienes, no como mujer caída, como criatura esperanzada?
- MARTA Necesito explicártelo todo, Ramón. Necesito explicártelo todo. ¡Lo necesito!
- P. RAMÓN Estoy pronto a oírte. Habla. (Ofrece a Marta una silla que pone lejos del sillón donde él toma asiento. Marta acerca la silla a Ramón y se sienta. Ramón retrocede cuanto se lo permite la anchura del sillón en que está sentado.)
- MARTA Huí de la montaña porque me moría. Me lo puedes creer. El corazón se me escapaba y no podía sujetarlo. Huí porque no encontraba a quien amar; a quien entregar el mundo de cariño que llevaba dentro de mí, destrozándome el corazón, matándome. Sí, Ramón; matándome. Huí... No sé porque huí... Porque estaba sola... porque no estabas tú.
- P. RAMÓN Recuerda, Marta, de que este Ramón con quien hablas ahora, no es el Ramón de antes. Aquel Ramón ha muerto. Hablas a un sacerdote.
- MARTA De sobra lo sé. Cuando abandoné la montaña, vine a la ciudad y busqué la casa del sacerdote. Fui a llamar a tu puerta y el

- aldabón me dejó las manos escarchadas; un frío de hielo venía del interior de la vivienda y me alejé corriendo, avergonzada, como si hubiese cometido una cobardía.
- P. RAMÓN ¿Dónde fuiste?
- MARTA Lo ignoro. Corría sin descanso. Iba atontada, como los pájaros cuando salen del nido por primera vez; perdida y a perderme. Estuve en una escuela de auxiliar; serví; caminé de casa en casa y de tienda en tienda, buscando mi desdicha. Al fin me detuve.
- P. RAMÓN ¿Quién fué... él?
- MARTA Uno. El que me dijo lo que yo quería que me dijese.
- P. RAMÓN ¡Pobre Marta! El era...
- MARTA Uno; ¿no oyes que uno? Porque has de saber, que él no era nadie para mí; que han llegado momentos durante los cuales he creído que no era él quien me hablaba, que estaba sola escuchando una voz que sonaba lejos, muy lejos; él fué más que algo que se puso delante de mí, con los brazos abiertos. Yo caí, caí, ¡te lo juro! sin saber en los brazos de quién caía.
- P. RAMÓN Tu alma ha estado en peligro de muerte.
- MARTA Lo sé, pero yo he nacido para amar. Hasta cuando no amo a ninguno, amo.
- P. RAMÓN Tu corazón pervertido te engaña.
- MARTA No está mi corazón tan pervertido como supones. Mi corazón busca y no encuentra y quiere aturdirse.
- P. RAMÓN ¿Qué puedo hacer por ti?
- MARTA Salvarme o perderme, Ramón. Vengo a pedirte que me salves. Te lo pido por mi hijo, por tu inagotable bondad, por el recuerdo que conserves de aquellos días.
- P. RAMÓN Aquellos días se han borrado de mi memoria.
- MARTA Te engañas, quieres engañarte a ti mismo. Para borrarse eran demasiado claros y demasiado hermosos.

- P. RAMÓN Haz cuenta de que no han existido. (Hace ademán de irse.)
- MARTA ¡No, no te vayas por el amor de Dios, no me dejes! ¡No te hablaré más de ello! ¡Te lo juro! ¡Pero óyeme! ¡Ampárame! ¡Por mi salvación! ¡Por la tuya! ¡Por la de mi hijo!
- P. RAMÓN ¿Qué he de hacer? (Deteniéndose y procurando dominar su emoción.)
- MARTA No dejarme.
- P. RAMÓN No te dejaré.
- MARTA Dejarme... que me quede aquí.
- P. RAMÓN ¿Aquí dices? Nunca.
- MARTA Si tienes miedo de la gente viviré oculta, como si no existiera; viviré en el rincón más negro de la casa; no saldré, nadie me verá.
- P. RAMÓN Dios lo ve todo.
- MARTA Es que Dios podrá verlo. A tu lado seré una hermana de la caridad, tendré compasión por los caídos, velaré por los huérfanos, seré una esclava, una arrepentida.
- P. RAMÓN No me ruegues. ¡Ten piedad de mí!
- MARTA Tenla de mí tú.
- P. RAMÓN La tengo para salvarte y te salvaré; pero no en esta casa.
- MARTA Fuera no podrás conseguirlo; no sé volar. El viento se me lleva y me pierdo.
- P. RAMÓN Yo te guiaré.
- MARTA ¿Dónde me guiarás? ¿Dónde quieres que vaya?
- P. RAMÓN Déjalo de mi cuenta. Encontraré para ti una casa honrada. Te la encontraré aunque necesite pedirlo de rodillas. Allí podrás vivir cristianamente y criar a tu hijo. Yo le enseñaré a leer cuando sea mayor, como te enseñé a ti. Iré a verte, siempre que se trate de tu hijo. ¿Vivir tú en mi casa?... No me lo pretendas. Ni lo puedo ni lo quiero hacer. Aunque quisiese, no lo haría.
- MARTA Sólo eso me aconsejas.
- P. RAMÓN ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más puedo

- aconsejarte?... Puedo decirte que únicamente en la religión encontrarás dicha y esperanza. Pero tú no me creerás.
- MARTA No.
- P. RAMÓN Puedo decirte que ese amor, ese fuego que sientes arder dentro de ti, no es más que ceniza; que sólo el fuego divino se hace llama, pero no me creerás tampoco.
- MARTA Hoy no.
- P. RAMÓN Puedo decirte que cuesta mucho apartar los ojos de la tierra para levantarlos al cielo, pero una vez los ojos hechos a mirar al cielo, no vuelven a ponerse en la tierra.
- MARTA No sé mirar tan alto.
- P. RAMÓN Puedes aprender. Yo he aprendido.
- MARTA Eres hielo, Ramón. Se desprende de tus palabras un frío que me escarcha las manos; parece el mismo que sentí cuando escapé de la montaña y vine a llamar a tu puerta.
- P. RAMÓN El deber siempre es frío.
- MARTA Me tienes por mala, ¿verdad?
- P. RAMÓN Te tengo por extraviada. Si la pasión que sientes por el mundo se la consagrases al amor del espíritu, serías algo mejor que una mujer. Serías una santa.
- MARTA Tú me lo hubieras hecho ser.
- P. RAMÓN Caminas por el fango. Cuida de que el fango no te agarre los pies.
- MARTA Tú me sacarías.
- P. RAMÓN Te negarías a escucharme.
- MARTA Si me hablastes como ahora, te escucharía inútilmente. Me hablas de tan alto que no te oigo o no te comprendo. Me hablas como si fueses una memoria muerta que habla; como si me hablastes desde la tumba. (Llora.) Yo necesitaba otros consuelos. Hubiera deseado encontrarte más mío, más como antes; oír la voz de tu juventud; aquella voz que era mi alegría. Buscaba la mano del amigo, no la palabra del confesor. Me creía abandonada, pero no tanto.
- P. RAMÓN (Se dirige hacia Marta con un movimiento apasionado

que en seguida reprime.) Vamos, vamos, tranquilízate. Y ahora... vete. Te lo suplico.

MARTA ¿Me echas?

P. RAMÓN No te echo, pero déjame. Yo buscaré sitio donde te protejan y te quieran, donde te puedan estimar; lo encontraré y pronto... Ahora, te vuelvo a suplicar, déjame, necesito estar solo, reflexionar; necesito...

MARTA ¿Quieres que espere?

P. RAMÓN No... Sí... Espérame... pero déjame. (Ramón entra en el cuarto derecha como huyendo. Marta queda en escena llorando.)

ESCENA V

FRANCISCA, MARTA, JORGE DEL POZO y SARIOL. Francisca entra por el fondo guiando a Jorge y a Sariol. Marta al verlos se retira a la izquierda.

JORGE ¡A ver! ¿Dónde se ha metido nuestro poeta?

FRANCISCA Si habla de Ramón no le ponga motes. El de sacerdote, ¿no es buen nombre?

JORGE No se enfade, Francisca.

FRANCISCA Si mi hijo no fuera más que sacerdote, marcharíamos bastante mejor. Tanto escribir vuelve a los hombres tontos. (A Marta.) Tú, ven. (Salen Francisca y Marta por el fondo.)

ESCENA VI

JORGE DEL POZO, SARIOL y PADRE JUAN

JORGE Hemos sido demasiado puntuales.

P. JUAN (Que sale de la izquierda.) ¿Quieren ustedes que le avise?

JORGE No le moleste. Esperaremos que vengan las señoras.

P. JUAN Como gusten. En su casa están. (Sale Padre Juan por el fondo.)

SARIOL (Mirando la habitación.) ¡La casa del genio!

JORGE Sí; ¡La casa del genio imprudente!

SARIOL ¡No vaya a oírle a usted!

JORGE Descuide. Estos hombres que viven por dentro a nadie oyen. Como decía a usted, yo, ante todo, soy poeta católico y no apruebo los versos que hace el padre Ramón.

SARIOL Ha nacido fuera de tiempo. Antiguamente hubieran dicho que era un santo; hoy decimos que es un neurasténico.

JORGE No exagere. (Entran por el fondo la Baronesa, la Presidenta y don Andrés.)

ESCENA VII

Dichos, la BARONESA, la PRESIDENTA y DON ANDRÉS. Al final RAMÓN

D. AND. (Mirando su reloj.) La hora en punto.

BARONESA (A Jorge y Sariol.) Felices, señores.

PRESI. ¿Y el padre Ramón?

JORGE Ahora le llamaremos. Precisamente estábamos hablando de él.

BARONESA ¿Y no murmuraban?

SARIOL Al contrario. El señor le ponía en las nubes.

(Entra por la derecha el Padre Ramón.)

P. RAMÓN ¿Estaban ustedes aquí? ¿Por qué no me han avisado al momento?...

ESCENA VIII

Los mismos y el PADRE RAMÓN

D. AND. Llegamos ahora mismo. Presento a usted a las señoras de quien le había hablado. La Baronesa de Pozoviejo; la señora Presidenta de la Junta de Damas...

BARONESA (Saludando.) Padre Ramón...

- P. RAMÓN Bien venidas sean ustedes. Háganme el favor de sentarse. (Mientras lo hacen.) Como vamos a ocuparnos de obras de caridad las suplico que no se detengan en hablarme.
- D. AND. Tiene razón el Padre. La caridad, cuanto más deprisa, mejor.
- PRESI. A usted le toca exponer nuestras pretensiones.
- D. AND. Pues, con su licencia, diré el objeto que nos trae, y estas señoras le indicarán la manera de realizarlo. Se trata de una fiesta para los pobres. Una fiesta muy beneficiosa para ellos. La fiesta de la miseria protegida por la caridad. Hay mucha miseria en este mundo, padre Ramón.
- P. RAMÓN Mucha.
- D. AND. Más de lo que se cree. Las causas de tanta pobreza, débense ante todo a la falta de prácticas políticas y religiosas.
- P. RAMÓN Se deben más que a eso, a que los ricos se cuidan poco de que no la haya. (Movimiento de contrariedad de las señoras.)
- D. AND. Desgraciadamente hay bastante ricos así; pero hay otros que se desviven por los pobres, y, me permito ser indiscreto, para decir sin adulación que estas señoras y señores son de los últimos; no solo sienten las ajenas miserias, se preocupan de ellas, piensan en ellas las horas en que se lo permiten sus ocupaciones, y hacen verdaderos milagros para remediar a la gente necesitada.
- P. RAMÓN No lo dudo.
- D. AND. Prueba de ello es la fiesta que nos trae aquí. Una fiesta que se celebrará con toda la esplendidez posible. Cuanto más fastuosa sea ella, mayores serán sus resultados. Cuanto más se divierten los ricos, más... iba a decir más se divertirán los pobres; pero quiero decir que padecerán menos; cuanto más abundante es la comida de los ricos, más

- sobras pueden recoger los faltos de recursos. ¿No lo cree así, padre?
- P. RAMÓN Me habla usted de cosas que no entiendo.
- D. AND. Pues es fácil, las fiestas de la caridad han de ser alegres, porque sino los hombres se aburren; en ellas se tiene que bailar, porque de lo contrario, no acuden las señoras; ha de hacerse música para endulzar el triste recuerdo de aquellos por quienes la fiesta se celebra. Al fin y a la postre, los que disfrutan de esa alegría no son los más afortunados, lo son los pobres que se quedan en casa esperando que les lleven la recaudación. ¿No está claro?
- P. RAMÓN Todo eso es nuevo para mí. Ignoro qué beneficios puedo reportar a su empresa.
- BARONESA ¿Usted? ¡Importantísimos, padre Ramón! Le explicaré el programa y se convencerá. Primero: las invitaciones, que se harán en el Castillo Luis quince, las repartirán las señoras; lo mejorcito de la población: La condesa de Riotuerto, la Guevara, la de Espinosa, la baronesa de Tres Ríos, a quien usted conoce positivamente...
- P. RAMÓN No, señora; no la conozco.
- BARONESA ¿No? Me extraña, porque la conoce todo el mundo.
- P. RAMÓN Apenas si salgo de aquí.
- PRESI. No necesita usted salir para que todo el mundo le conozca y le admire.
- BARONESA Las invitaciones que no se hayan enviado directamente las repartirán las señoritas en la puerta. Estarán bien vestidas, llenas de flores, derramando alegría. La entrada será un verdadero jardín.
- P. RAMÓN Acaso diga un disparate; pero... si a la puerta se colocaran pobres, ¿no darían más compasión y aumentarían la limosna?
- BARONESA ¿Qué dice usted, padre Ramón? ¡Parecería aquello una iglesia!
- P. RAMÓN Lo digo porque la gente al verlos...

- BARONESA Verlos daría... asco. ¡ Todo el mundo se-
ría a correr!
- PRESI. Sin embargo, puede complacerse al padre
Ramón, colocando a la puerta algún po-
bre... decente.
- BARONESA Nada de pobres. La fiesta es para ellos; pe-
ro no hace falta que vayan. Dejemos la
miseria aparte. Continúo mi descripción.
Creo que el programa le gustará. Primero,
sinfonía: esto es de *ene*; después el barón
del Puerto recitará un monólogo... ¡ Dice
unos monólogos de soldados que son una
delicia! En seguida baile, la primera parte
del baile y refresco.
- SARIOL ¿Quién paga el refresco?
- BARONESA Sale de las entradas. Habrá para todo. La
segunda parte será exclusivamente lírica.
Tenemos un tenor, un ténor joven, deli-
cioso. Lástima que sea rico, porque haría
con su garganta una fortuna. Cantará
Le spirito gentil. ¿No ha oído usted *Le
spirito gentil*? (Al padre Ramón.)
- P. RAMÓN No he ido nunca al teatro.
- BARONESA ¿Qué lástima! Venga usted a la fiesta. Le
esconderemos en un rincón y podrá oírlo.
Luego hay tres típles: ¡ tres por falta de
una! ¡ Si hubiéramos querido típles!...
Hoy día todas las señoras son más o menos
típles. Después baile.
- SARIOL ¿Y refresco?
- BARONESA ¡ Este Sariol! ¡ Siempre está de broma! Se
trata de un acto benéfico y es preciso aho-
rrar. Vamos a la tercera parte. Prepárese
usted, padre Ramón.
- P. RAMÓN Diga.
- BARONESA Se trata de usted. Usted llenará la tercera
parte. Le pedimos, y dado el objeto a que
se dedican, supongo que no se negará...
¡ Eso es tan fácil para usted!... Usted lo
hace jugando. Le pedimos que nos con-
sagre unas poesías, y tenemos la preten-
sión de que sean inéditas.

- P. RAMÓN ¡ Pobre de mí! ¡ No comprenden que mis
poesías serían en su fiesta hierbas del cam-
po en un invernadero?
- BARONESA El nombre de usted no puede faltar.
- PRESI. No puede usted negarse, padre Ramón.
- P. RAMÓN ¡ Si no me niego! Es que preveo que mis
versos van a nublar sus alegrías.
- PRESI. Aunque las nublasen. Es para los pobres.
- P. RAMÓN Por ellos las haré.
- TODAS ¡ Bravo! ¡ Bravo!
- P. RAMÓN Y ya que hablo de pobres, entre personas
tan cristianas y tan caritativas, tengo que
decirles una cosa: es más, esperaba a us-
tedes para hablarles. También tengo mis
pobres yo; sobre todo, tengo dos muy po-
bres; más pobres que los que carecen de
dinero, porque se hallan en riesgo de per-
der lo que vale más que el dinero: el alma.
El uno es un obrero, el otro una joven.
- BARONESA ¿Qué podemos hacer por ellos?
- P. RAMÓN Salvarlos.
- PRESI. Pida. Cuanto esté en nuestra mano se hará.
- BARONESA ¡ Qué duda cabe!
- P. RAMÓN Gracias por la obra de caridad que prome-
ten. Don Andrés, usted puede ocuparse
del hombre. (A ellas.) De la mujer, ustedes.
- D. AND. Por mi parte, hecho.
- BARONESA ¿Quién le niega a usted nada? Tratándose
de lo que se trata, menos aún.
- P. RAMÓN Me harán un inmenso favor. No lo pido
por mí. Es por ellos, por ellos que están a
punto de perderse, de hundirse, por siem-
pre jamás, en el vicio. El, ya pagó su fal-
ta. Ella, todavía la paga y la llora.
- D. AND. (Levantándose.) ¿Quiere usted decir que ese
hombre ha estado preso?
- P. RAMÓN Preso por los hombres.
- D. AND. ¿Ha estado preso y pide usted que lo em-
plee en mi casa? ¡ Nunca! (Todos se levantan.)
- P. RAMÓN ¿Dice usted que nunca?
- D. AND. ¿A un presidiario?

- P. RAMÓN Para los cristianos no es un presidiario, es un pecador.
- D. AND. Pues para mí es un presidiario.
- P. RAMÓN ¿No ha dicho usted que era cristiano?
- D. AND. Lo soy... sin exageraciones.
- P. RAMÓN Don Andrés, piense usted que se trata de un desgraciado.
- BARONESA Y ella, la que usted quiere que protejamos, ¿es también una... desgraciada?
- P. RAMÓN También. ¡Quién no es desgraciado en el mundo!
- BARONESA Comprenda usted, padre Ramón...
- P. RAMÓN ¿Quién puede tirar la primera piedra? ¡No me desoigan, se lo ruego! ¿No quieren proteger a los desvalidos? ¿Quién más desvalido que esas criaturas? ¿Qué obra de caridad superior a la de ampararlas?
- D. AND. Les daremos una limosna.
- P. RAMÓN No es limosna lo que necesitan. Es una mano que lo sostenga, para impedirles caer; es la confianza moral, la vida del espíritu... algo que les permita llevar alta la cabeza, su pobre cabeza que se humilla porque la esperanza no la sostiene.
- D. AND. ¿Por qué no las protge usted?
- P. RAMÓN ¿Y usted me lo pregunta? ¿No sabe que me es imposible? De sobra le consta lo que he hecho, no por ellos; por todos. Hasta he pedido a usted dinero para devolvérselo vendiendo los derechos de mis producciones. ¿Piensa que se lo he pedido para mí? ¿No sabe que a poder traería a mi casa a esas dos criaturas? ¡Las traería, aunque ustedes viniesen después a despreciarme!
- JORGE Padre, véngase a la razón.
- P. RAMÓN Hablo suplicando a cristianos; hablo a personas que, según dicen, estiman a los desvalidos; a ellos les digó y les repito que tienen en sus manos la salvación o la pérdida de dos almas.
- PRESI. Nosotras no podemos cuidarnos de todos.

- P. RAMÓN Yo no hablo de todos; es de dos. Ustedes son muchos.
- JORGE Padre Ramón, no trate de obligarlas; no tiene usted derecho. Observe que se aparta de la humildad cristiana.
- P. RAMÓN La fe me obliga a mí.
- D. AND. También tenemos fe nosotros.
- P. RAMÓN ¡Qué la han de tener! Si estuviesen ciertos de que dando cuanto poseen ganarían la gloria eterna, ¿no lo entregarían todo por la gloria? ¿Por qué no lo entregan? Porque dudan. Porque quieren ir al cielo, pero en coche.
- JORGE ¡Padre Ramón! ¿Y la humildad?
- P. RAMÓN Cuando se trata de hacer bien a los desgraciados, no la tengo. Soy el pobre decente que ustedes querían poner en la puerta. En la puerta estoy, pero cuando veo mercaderes en el templo, entro en él.
- BARONESA ¡Nunca hubiésemos esperado oír de usted semejantes palabras!
- JORGE Recuerde usted que son unas señoras.
- P. RAMÓN Recuerden ustedes que soy un sacerdote. Hablo en nombre de los desvalidos, de los tristes, de los abandonados en la tierra.
- BARONESA (Dirigiéndose al fondo.) Vámonos.
- PRESI. Sí, vamos. (Idem.)
- JORGE Modérese, modérese. Los ayunos le perturban y...
- P. RAMÓN Es que no hay derecho a moderarse cuando nuestra debilidad la pagan los prójimos. Les hablo a ustedes con amor, en nombre de la santa virtud, y me contestan con discursos convencionales para disfrazar su egoísmo. Pues bien. Cuando el egoísmo grita, la virtud debe gritar más alto.
- BARONESA Vamos. Creíamos tratar con un sacerdote humilde y tratamos con un perturbado.
- P. RAMÓN Y yo creía tratar con cristianos y me equivoqué. Ustedes se disfrazan de cristianos pero no lo son. Valdría más que fuesen unos descreídos. Al menos se les podría

convertir. (Todos menos Ramón, han llegado al fondo.)

JORGE ¡Está loco! ¡Loco! Vámonos.
P. RAMÓN Sí, estoy loco. A los que están locos se les deja. Dejadme, dejadme con los miserables, con los míos. Este no es vuestro sitio... Idos de aquí, gente... prudente...
(Aparecen en el fondo y abren paso cuando salen los otros cuyas últimas frases escuchan el Padre Juan, Marta y Francisca. Salen la Baronesa, la Presidenta, Sariol, Jorge y don Andrés.)

ESCENA IX

PADRE RAMÓN, PADRE JUAN, FRANCISCA y MARTA. Después MIGUEL

P. JUAN ¿Qué has hecho, Ramón?
P. RAMÓN Lo que debía. Ver que ellos son unos y otro yo; esperar amparo y hallar hipocresía. Enterarme de que si Cristo volviese a la tierra y fuese pobre, volverían a crucificarlo esos fariseos de nuevo cuño.
P. JUAN Y ahora, ¿qué vas a hacer?
P. RAMÓN ¿Qué voy a hacer? Lo que no han hecho los ricos lo haré yo. (Entra Miguel que queda en la puerta del fondo.) Miguel, hasta que encuentres trabajo no salgas de esta casa.
FRANCISCA ¡Santísima Virgen!
P. RAMÓN Y tú, Marta, no salgas tampoco.
FRANCISCA ¡Marta en casa!
MARTA ¿Yo?
P. RAMÓN ¡Quédate!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA y el PADRE JUAN

FRANCISCA Está dicho. No quiero seguir más en esta casa. No me da la gana de vivir con ella. Ahí la tiene, que se la guarde.
P. JUAN Piensa que eres madre.
FRANCISCA El es hijo. Se está quedando igual que un fideo; es propiamente una estampa de San Francisco; y con esos mareos que le dan el día que menos lo piense se queda muerto entre mis brazos.
P. JUAN Por esa misma razón no puedes dejarle.
FRANCISCA ¿He dicho en mis brazos? Pues quería decir en los de ella.
P. JUAN ¡No hables así!
FRANCISCA Hablo la verdad. Sólo encuentra bueno lo que le da ella.
P. JUAN Y lo que le das tú, ¿no lo encuentra bueno?
FRANCISCA También.
P. JUAN En tal caso ¿de qué te quejas?
FRANCISCA Me quejo de que no se queje él. Es muy paciente. Y tanta paciencia no es para el genio mío.
P. JUAN Eres buena; pero eres muy pesada, Fran-